

Palabras de Presentación

Ceremonia de Homenaje del CMPal

Padre Dr. Gustavo Gutiérrez-Merino Días y

Dr. Diego Gracia Guillén

ALFONSOMENDOZA-FERNÁNDEZ

El 15 de agosto, el Colegio Médico del Perú realizó un homenaje a dos destacados profesores reconocidos internacionalmente, otorgándoles la Medalla y Diploma al Mérito Extraordinario, máxima distinción que otorga nuestra Orden.

Se trata del sacerdote dominico Dr. Gustavo Gutiérrez-Merino Días, quien recibió el Premio Príncipe de Asturias 2003, y del Dr. Diego Gracia Guillén, Catedrático de Bioética e Historia de la Medicina de la Universidad Complutense de Madrid.

En dicha ocasión, ambos se ocuparon del Tema “La Pobreza, el Gran Desafío del Siglo XXI”, que transcribimos a continuación junto con la presentación realizada por el Dr. Alfonso Mendoza Fernández, Presidente del Comité de Vigilancia Ética y Deontológica del Consejo Nacional del Colegio Médico del Perú.

PALABRAS DE PRESENTACIÓN

La segunda mitad del siglo XX tal vez sea la etapa más difícil que haya vivido el Perú republicano, excepción hecha de la guerra con Chile. Durante esos años la crisis del sistema político, que no pudo, o no quiso, integrar el país; y la crisis de la economía, que acentuó la pobreza de millones de peruanos, generaron acaso el fenómeno sociológico más importante de las últimas décadas, el fenómeno migratorio, que transformó radicalmente el rostro del país y, al mismo tiempo, el fenómeno de la violencia armada, que desgarró dolorosamente el tejido social y dejó una secuela de miseria y sufrimiento cuyo proceso de reparación y elaboración apenas ha comenzado.

Vivimos ahora una etapa de transición democrática. Todavía hay que restañar las heridas e intentar –colectivamente– responder a las acuciantes interrogantes que nos plantea el horror experimentado. Además, los largos años de frustración y exclusión del sistema político siguen tensando las organizaciones sociales, cuyos integrantes buscan los canales adecuados a través de los cuales se escuchen y se procesen sus legítimas reivindicaciones. Pero también, aquí y allá, se perciben las voces de la discordia que se ciernen amenazantes sobre nuestras aún frágiles instituciones.

En este contexto, la sociedad civil no puede permanecer pasiva y, manteniendo viva una antigua y honrosa tradición, el CMP se suma a la tarea de contribuir a la construcción de un orden social genuinamente democrático. En este esfuerzo la participación de los Colegios Profesionales es indispensable. Un estado moderno es aquel que reconoce el papel protagónico que le corresponde a los diferentes actores sociales en la toma de decisiones que tienen que ver con el proyecto de nación que ellos desean. Si ello no se da, si se intentara excluir a vastos sectores de la población, se pervertiría el sentido de la democracia, y ya hemos experimentado las consecuencias negativas de ceder a la tentación autoritaria, por lo que deviene un imperativo moral no olvidar las lecciones de nuestra reciente historia.

Lo que acabamos de decir explica la presencia en esta casa de dos ilustres pensadores, el Padre Gustavo Gutiérrez y el Dr. Diego Gracia. Con ellos queremos iniciar una intensa y elevada reflexión sobre los problemas que confronta la sociedad peruana en el marco de los desafíos que, a su vez, confronta el mundo moderno, en el momento mismo en que éste entra en crisis ante el fracaso de la razón –léase la ciencia y la tecnología– en generar el anhelado progreso y bienestar para la humanidad, crisis que es preciso tener en cuenta



muy seriamente, por cuando influye inexorablemente en la comprensión y abordaje de los problemas de la salud y la enfermedad.

Gustavo Gutiérrez es quizás el intelectual peruano más brillante de los últimos tiempos. Su vida y su obra han concitado el interés y el reconocimiento tanto en nuestro país como en el extranjero. Sus ideas en torno a la teología de la liberación, que suscitara un apasionado debate, lo han hecho merecedor de los más altos honores, que ha recibido siempre con la sencillez y modestia de un espíritu auténticamente cristiano. Para decirlo en sus propias palabras, la teología de la liberación nació del reto que significaba para el cristiano la masiva, inhumana e injusta pobreza existente en América Latina y el Caribe, y en general en el denominado tercer mundo.

Gustavo Gutiérrez es fundador y director del Instituto Bartolomé de Las Casas y ejerce funciones académicas en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad de Notre Dame en Indiana, EE.UU., actividades que comparte con sus responsabilidades pastorales en la Iglesia Cristo Redentor del distrito del Rímac.

La obra de Gustavo Gutiérrez nos remite a la de Fray Bartolomé de Las Casas, a quien ha dedicado uno de sus libros más bellos y conmovedores. Bartolomé de Las Casas, quien fuera Obispo de Chiapas y más tarde fuera nombrado Protector Universal de las Indias, consagró toda su vida a luchar por el mejoramiento de los indios, en quienes vio a los pobres de los que hablaba el Evangelio, y que vivían en condiciones de cuasi esclavitud en las denominadas Encomiendas.

Retomando este legado, y uno más antiguo enraizado en el mensaje de Cristo, Gustavo Gutiérrez ha dedicado igualmente su vida a los pobres. Para él, la liberación del hombre no pasa únicamente por atenuar o suprimir su pobreza, sino fundamentalmente por hacerlo libre a fin de que cada quien pueda desplegar a plenitud sus potencialidades, sin las limitaciones impuestas por un orden injusto. La sociedad debe hacer el máximo esfuerzo, en nombre de la justicia y de la solidaridad, por proporcionar a los pobres los aportes necesarios para su realización personal y colectiva. Cuidar de su vida atendiendo sus necesidades de salud y velar por su educación e integración social para que lleguen a ser hombres libres, constituyen tareas que comprometen a la sociedad toda y se inscriben en el cuadro de una ética regida por el amor, la justicia y la solidaridad. Para Gustavo Gutiérrez la libertad es el elemento central del mensaje cristiano y cita a Pablo: " Para ser libres nos liberó Cristo ".

Gustavo Gutiérrez estudió Letras, Psicología, Filosofía y Teología, pero también realizó estudios de medicina en la Uni-

versidad Nacional Mayor de San Marcos, que le otorgó el Doctorado Honoris Causa. Por ello la Orden se siente honrada, y es una razón más para conferirle la Medalla y Diploma al Mérito Extraordinario. En este punto permítaseme recordar que el Padre Gutiérrez fue discípulo y amigo de quien fuera también mi profesor, el Dr. Humberto Rotondo Grimaldi, figura paradigmática de la psiquiatría peruana, cuyos estudios sobre la personalidad en la cultura de la pobreza constituyen la piedra angular de la psiquiatría social en el Perú, y quien, además, tanto en el Hospital Víctor Larco Herrera como en el Hospital Hermilio Valdizán, consagró su vida al servicio de los más pobres de los seres dolientes y menesterosos.

El Dr. Diego Gracia Guillén es tal vez el bioeticista más importante del mundo iberoamericano. Médico, psiquiatra, es Catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, Director del Instituto de Bioética de las Ciencias de la Salud, Director del Máster en Bioética de la misma Universidad y Académico de Número de la Real Academia de Medicina de Madrid.

Discípulo de dos figuras emblemáticas de la intelectualidad española, Pedro Laín Entralgo y Xavier Zubiri, historiador de la medicina uno, y filósofo y religioso el otro, Diego Gracia ha incorporado de ellos la originalidad y profundidad de pensamiento, y una disciplina y capacidad de trabajo que lo han llevado a realizar una obra fecunda en los ámbitos de la investigación y la docencia, siendo autor de varios libros e innumerables artículos que, en aras del tiempo, me eximo de citar.

Hoy, una vez más, se encuentra entre nosotros dirigiendo la Maestría Internacional de Bioética que realizan conjuntamente la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con el apoyo de la OPS. Esta Maestría es el fruto de un proceso en el cual el Colegio Médico desempeñó un rol principalísimo, que se iniciara cuando ejercía el decanato el Dr. Maximiliano Cárdenas, y que refleja la preocupación de la Orden por contar con cuadros profesionales expertos en bioética, capaces de asumir luego responsabilidades en la docencia, la investigación y la vigilancia del ejercicio de la profesión para el mejor cumplimiento de nuestra misión.

La obra de Diego Gracia en la formación en bioética se ha extendido a varios países de Latinoamérica. Él y su equipo no sólo saben transmitir conocimientos, también saben – como auténticos maestros– despertar el interés, movilizar el afán de exploración, y afinar la capacidad de reflexión de los maestrandos. Quienes siguen sus lecciones se han sentido transportados a las plazas y calles de la antigua Grecia. Diego Gracia convoca a los espíritus más lúcidos y reflexivos



del mundo de la medicina y de la filosofía a través de la historia, y la magia de su palabra nos guía sutilmente en las complejidades del razonamiento moral.

Diego Gracia se empeña en que aprehendamos que la realidad es más rica que cualquier teoría; que en ética el método –la deliberación– es fundamental; que, guiándonos por los principios, no debemos dejar a un lado las consecuencias de un acto, lo que hará posible que emerjan los cursos de acción intermedios; que la prudencia es consustancial al quehacer médico; que, como los griegos, aspiremos a la perfección; y que, consecuentes con el núcleo mismo de la reflexión ética, hagamos realidad la práctica de la tolerancia y el respeto a la persona humana, máxime cuando los puntos de vista de los otros no concuerden con los nuestros.

Alguien decía que los tiempos que vivimos son inhóspitos para la ética; que en un mundo en el cual se gasta en arma-

mentos aquello que podría hacer desaparecer la pobreza que padece un tercio de la población mundial, que en un mundo en el que el racismo, la xenofobia y la corrupción campean, hablar de ética deviene una tarea inútil. El error de esta actitud es pensar que la ética sólo tiene sentido ahí donde todo el mundo respete las normas morales. Si así fuera el hombre habría dejado de ser tal. No olvidemos que la ética siempre ha estado en minoría frente a la realidad histórica mayoritaria, lo que la hace más necesaria, y aun cuando ella nos aporte más interrogantes que soluciones, hay algo en el hombre que lo impulsa a buscar en sí mismo y en los otros, vía la deliberación transubjetiva, aquello que dote de voluntad de bondad a los actos humanos.

Que la ética es posible y es valorada lo prueba el reconocimiento que hoy brindamos a dos insignes maestros que han hecho de esa reflexión el horizonte de su vida.